

La muerte de una nube

Si los gatos fueran perros,
cada nube moriría
y se desvanecería;
haciendo que lluevan hachas de fierro.

Si los gatos fueran perros,
mi diafragma no se inflamaría.
¡Y qué voz tan perfecta tendría!
Intimidante rango vocal, posibilidades infinitas...

Cuando cada nota que él hace es correcta
y sus cantos son siempre escuchados,
no es el medio lo que importa,
pero lo son sus mensajes y motivos.

Mas las nubes somos madres,
madres de catarata y trueno.
Suaves como algodón,
sensibles como carbón.
Pero sólo para limpiar sus heridas,
sólo para cocinar en su parrilla.
Producto barato;
somos queja de creador y consumidor.

Diafragmas tan fuertes, tan poderosos.
Sensibles; mal acostumbrados al hipo de la contracción.
Amasados como pan para alcanzar su flexibilidad y perfección.
Flexibilidad inútil, que reemplazan por inevitable fricción.

¿Y qué es, pues, la muerte de una nube frente a infinitas posibilidades?
Preferiría llover sobre el mundo, protestar.
Más aprendo a evaporar mis lágrimas sobre este, hasta mi propio ser evaporar.
Y es que, si no puedo llover, ni tronar,
al canto me tendré que adaptar, que dedicar;
hasta con mi materia aprender a tratar.

Excepto que mi voz nunca saldría,
pues no puedes forzar a un gato a ladrar.
Posible esto sólo sería
si los gatos fueran perros,
o, tal vez, si dejaras de hacerme llorar.